



HACIA 1976

La extrema derecha de los dos partidos gana terreno en los Estados Unidos

Falta mucho tiempo para las elecciones presidenciales de los Estados Unidos: hasta noviembre de 1976. Sin embargo, los grandes movimientos políticos de ahora apuntan ya hacia ese momento. Los candidatos demócratas afilan dientes y armas. En el partido republicano, todo consiste en sostener al Presidente Ford que, a pesar de sus promesas y declaraciones anteriores, ahora está decidido a presentarse. Entre los demócratas más caracterizados figura, desde luego, el senador Jackson: es la figura de la extrema derecha del partido y su discurso sistemático de la política exterior de Ford tiene esa intención.

En lo que podríamos llamar izquierda, o tendencia liberal, dentro del partido, aparecen los eternos candidatos: Humphrey, Muskie, McGovern. Este último fue el perdedor en la campaña anterior, en la campaña del Watergate, del que fue víctima: quería ahora presentarse de nuevo. Como representó lo más próximo al kennadismo —desde el momento en que ya no hay Kennedy qué optar a la presidencia (¿o sí lo hay?)— y el punto máximo del liberalismo conseguido en el partido, muchos le insisten en que se declare candidato. Para los observadores, sin embargo, parece tener más posibilidades Muskie, por su condición de centrista, de moderado y equilibrado, capaz de reconciliar entre sí la izquierda y la derecha del partido.

La posibilidad de que aparezca un tercer partido que luche contra el balance demócrata-republicano en que se asienta la política de los Estados Unidos desde su fundación se considera cada vez más posible. Este tercer partido estaría más a la derecha. Ya en las elecciones de 1968 apareció el gobernador Wallace como el candidato a esa opción de extrema derecha: en la campaña de 1976 fue víctima de un

atentado que le dejó paralizado de las piernas y fuera de la carrera presidencial. Ahora está lleno de actividad en la política, pero ya no aspira a la presidencia. Apoyaría un tercer partido dirigido por otro de los grandes de la intransigencia derechista: el gobernador de California, Ronald Reagan.

Reagan tiene dos opciones. Si Ford no intenta sucederse a sí mismo, trataría de obtener la candidatura del partido republicano, luchando para ella contra el vicepresidente Rockefeller. Según los partidarios del partido, con grandes posibilidades de ganar. Pero si Ford se presenta, Reagan elegiría al tercer partido. Trataría en ese caso de recoger el descontento de la derecha del país contra Ford. La derecha está descontenta por una parte de una política exterior que le parece peligrosa —Kissinger va a ser el hombre más combatido, por todos, en la próxima campaña, si es que no se retira antes—, pero principalmente por la política fiscal y económica interior.

Reagan está apoyado por algunos elementos importantes. William Rusher está escribiendo un libro, «The case for the New majority party», que podría convertirse en el programa de esta tercera fuerza. El senador Buckley —el que quiere que Israel sea un estado más de los Estados Unidos—, el senador Jesse Helms, el gobernador Melvin Thompson —todos ellos republicanos— darían la base a ese partido.

Los elementos liberales del país ven con cierto temor que las elecciones de 1976 puedan dividirse entre dos hombres fuertes, entre el demócrata Jackson y el republicano Reagan, por ejemplo; y en cualquiera de los dos casos, los Estados Unidos podrían inclinarse hacia soluciones antidemocráticas. Hacia un nazismo, dicen algunos.

¿«La Alemania de siempre»?

EL VALS DE STRAUSS (FRANZ JOSEF)

NUESTRO visitante de la semana pasada, Herr Franz-Josef Strauss, es un hombre que se afirma dentro de su partido, la CSU; partido que se afirma a su vez dentro de la coalición con la demo-

dentro de algún tiempo a la cabeza de su país. Debe ir presentando a los que serán sus amigos.

Las elecciones no están previstas hasta el otoño de 1976. Pero nada indica que el Bundestag no pueda disolverse antes y haya que



Para su conquista del poder, Strauss tiene que cambiar un poco su imagen folclórica de bávaro: mangas de camisa, pantalón de cuero, grandes tragos de cerveza y charla en dialecto.

cracia cristiana, la cual, a su vez, se está beneficiando de una inclinación favorable de la opinión pública. Es decir, que Strauss representa la derecha dentro de la derecha de la derecha... Y es el jefe visible de la oposición al partido socialdemócrata gobernante, que tiene al canceller Schmidt a la cabeza, el cual representa a su vez una izquierda dentro de su partido. Este parece ser el panorama de Alemania Occidental, esbozado a grandes rasgos.

Strauss no ha venido a España en tanto que político, sino como visitante privado. Quizá le mueva la curiosidad por nuestro presente, quizá quiera también hacer algo de futurología. Strauss tiene algunas posibilidades de estar

convocar elecciones anticipadas. La coalición gobernante no tiene ningún interés en hacerlo, pero hay presiones fuertes de tipo social. El paro obrero es una de ellas: hay más de un millón de obreros parados. Estos obreros se irritan contra su Gobierno, al que ellos mismos eligieron con sus votos. Pero eligieron a Brandt, que les fue escamoteado por un turbio asunto de espionaje, y no a Schmidt. Brandt gusta y gusta de decir que él era socialista (aunque su comportamiento como gobernante no combaliese). Schmidt no quiere ni siquiera esa sospecha: «He sido siempre un socialdemócrata —dice—, pero nunca me he tomado por socialista». Nadie le ha tomado nunca de esa manera.



Strauss no ha venido a España en tanto como político, sino como visitante privado. Quizá le mueva la curiosidad por nuestro presente, quizá quiera también hacer algo de futurología.

Parece que al estar gobernados por una derecha disfrazada, los medios de decisión de la RAF están prefiriendo una derecha a cara descubierta. Piden «un hombre fuerte»: ya se sabe lo que sucede en los países cuando se solicita un hombre fuerte. Brandt no lo ha sido nunca, Schmidt no consigue serlo: a pesar de tener todas las bazas económicas en la mano —en relación con los otros países de Europa—, la economía no se restaura. Su partido va perdiendo una tras otra las elecciones parciales. El reformismo (la palabra clave de la socialdemocracia) ha dejado de gustar. Entre otras cosas, porque no se le ve la realidad: no traspasa las fronteras de papel del programa escrito. A cambio se refuerzan las

medidas de represión, las prohibiciones, los castigos. Las relaciones con los Sindicatos se están deteriorando. Se acercan seis elecciones en los parlamentos regionales, y el partido socialdemócrata las ve venir con terror, aunque se lance con la ferocidad que aún le queda a la campaña.

Y aquí brota la figura —espesa— de Strauss. La coalición de la CSU —unión social-cristiana de Baviera, el partido de Strauss— y la CDU —unión cristiana-demócrata— tiene cuatro candidatos posibles para el puesto de canciller si un día ganan las elecciones. Tres son cristiano-demócratas: Stoltenberg, Carstens y Helmut Kohl. El cuarto —o el primero— es Strauss. Un hombre fuerte.

Tan fuerte, que algunos le consideran el nuevo «führer» (para muchos, este título es meliorativo). No es, sin embargo, dramático, aunque en estos días sus palabras tiendan a dramatizar la situación de su país y la del mundo (ya Brandt le ha atacado bajo la forma de «esos políticos que crean el pánico, a los que falta de manera aterradora el sentido de responsabilidad propio de los estadistas»), pero lo hace con el humor clásico de los bávaros, contando chistes y parábolas en dialecto. Strauss es brillante en la conversación, en la oratoria. Sus enemigos dicen que no hay que confundir la brillantez con la inteligencia; sus amigos dicen que es muy inteligente. Para la más sólida mentalidad alemana, el aspirante Strauss es demasiado superficial en sus juicios y en sus frases.

El «toro de Baviera» no deja de colocar frases duras en medio de su oratoria. Lo primero que hace es desmontar toda la política anterior —la de Brandt—, asegurando que «no reconocerá jamás como eterna la división de Alemania y, por lo tanto, de Europa». Repite una y otra vez su consigna: «Disciplina, trabajo, esfuerzo». El mundo está en crisis, Europa está en crisis: «La alianza atlántica vacila, Europa está averiada, Italia se instala en la crisis y, en Portugal, una dictadura ha reemplazado a otra». En medio de todo este oleaje tormentoso, «la República Federal sería un

islote de seguridad y de estabilidad si estuviera gobernada por una nueva mayoría». Estas son algunas de sus frases en el último discurso, el de Passau. El discurso de Passau tiene su pequeña historia. Habitualmente Strauss habla el miércoles de ceniza en un pueblecito, Vilshofen, donde desde 1866 se pronuncian discursos políticos en esa fecha (se habla del «espíritu de Vilshofen»). Strauss aparece allí en pleno sabor folklórico: mangas de camisa, pantalón de cuero, grandes tragos de cerveza y charla en dialecto que hace felices a sus auditores. Este año anuló Vilshofen y habló en otro lugar, en el Salón de los Nibelungos de Passau, «que está —dijo— 21 kilómetros más cerca de Pekín» (aludía así a su reciente viaje a Pekín, también con mucho futuro dentro). Hubo también cerveza y se cantó la marcha bávara, pero el folklore estaba bastante más contenido. De donde se deduce que Strauss quiere «cambiar su imagen». Es decir, aparecer más serio y más profundo. Y quizá un poco más demócrata. Han debido convencerle sus equipos de relaciones públicas de que el exceso de humor puede estar mal visto fuera de Baviera y de que debe quitar el miedo a quienes ven en él un dictador de la derecha y le consideran «un hombre peligroso».

«¿Un hombre peligroso yo? —ha exclamado recientemente—. ¿Qué tengo de peligroso? ¿Es que voy por ahí con un estilete escondido para asesinar a mis oponentes políticos?». El peligro está simplemente en que cada vez los hombres de empresa le escuchan con mayor agrado, y las medianas empresas, los comerciantes, la burguesía, comienza a ver en él alguien que puede realmente «salvar» al país. El peligro que se ve en él es que sus viajes al extranjero —sobre todo el de Pekín, y el de los Estados Unidos— le estén preparando ya una base sólida de política exterior, con la que no ha acertado bien el canciller Schmidt (al desmontar suavemente las que había trazado Willy Brandt, que correspondían a una política coherente, sin haber propuesto otras). Strauss querría quitar al extranjero la imagen de que una Alemania Federal regida por la derecha más conservadora sería «la Alemania de siempre». Pero, al mismo tiempo, quiere reconstruir «la Alemania de siempre». ■ JUAN ALDEBARAN.



El «toro de Baviera», en plena cacería: una de sus grandes aficiones.